

Junto a este enfoque, cuyo principal mérito es el despliegue ante el lector de una multiplicidad de imágenes antiguas de la Península Ibérica, se desarrolla otro por el cual los diversos autores abordan cuestiones geográficas que interesan para el conocimiento de las sociedades antiguas peninsulares, a partir de los datos extraídos sobre todo de las fuentes escritas. Es el caso de García Alonso, que analiza ciertos topónimos y etnónimos de la obra de Ptolomeo a la luz de la lingüística prerromana; Gómez-Pantoja se centra en la movilidad de la población que se detecta a través de la epigrafía, con interesantes observaciones sobre el tipo de información geográfica que estaría a disposición de los viajeros peninsulares; Cortijo reflexiona, a partir de la obra de Plinio, sobre la funcionalidad de la división conventual en la Bética y su relación con los intereses imperiales, defendiendo su desvinculación del desarrollo real de la organización provincial; Keay y Earl presentan un estudio de arqueología espacial centrado en la distribución y conexiones espaciales de los principales núcleos urbanos en la Bética central y occidental.

La inserción de este último trabajo en el volumen plantea una doble reflexión. Por una parte, el enfoque arqueológico es, en realidad, bastante ajeno a los planteamientos generales del volumen y esto hace que el interés se centre en las fuentes escritas en sí mismas. El artículo de Keay y Earl sin duda completa el enfoque general, pero no deja de resultar algo inconexo respecto a esa noción de invención de una geografía. La desconexión entre el análisis de fuentes escritas y estudios arqueológicos sigue siendo uno de los lastres fundamentales en los estudios de la Antigüedad. Sin embargo, los organizadores del congreso consideraron relevante la integración de al menos un trabajo de arqueología espacial que complementa de manera certera el estudio de caso. Tenemos así para la Bética tres enfoques complementarios: el estudio de Estrabón con toda su carga ideológica imperialista (Cruz Andreotti); un estudio centrado en la evolución del sistema administrativo (Cortijo) y otro de arqueología espacial sobre la red nodal de centros urbanos (Keay y Earl). Falta, como reconocen estos dos autores, una aproximación que tenga también en cuenta el estudio del ámbito rural, sin el cual cualquier aproximación de carácter histórico o geográfico resulta incompleta. Pero sin duda la presencia (minoritaria) de la arqueología, así como los enfoques espaciales aplicados al análisis de los sistemas administrativos y a la epigrafía en general, suponen un impulso importante al conocimiento de las sociedades hispanas.

Estos planteamientos espaciales siguen necesitados de estímulos favorables, como sin duda es el caso de los coloquios y publicaciones como el que nos ocupa; que el mapa constituya una herramienta de trabajo —cuando no una fuente— indispensable para el historiador de la Antigüedad supone un cambio hacia la renovación y mejora de nuestro conocimiento sobre las sociedades del pasado. Habrá que apostar, igualmente, en el futuro, por la interdisciplinariedad, de modo que análisis de fuentes, epigrafía y arqueología acaben conviviendo sin estridencias no sólo en los mismos volúmenes colectivos, sino incluso en los mismos artículos y demás aportaciones científicas.

INÉS SASTRE

Investigadora científica
Instituto de Historia.

Centro de Ciencias Humanas y Sociales-CSIC.

ALEXIS GORGUES: *Économie e société dans le nord-est du domaine ibérique (III^e-I^{er} s. av.J.C.)*, Anejos *AEspA*, LII. Instituto de Historia, Madrid 2010.504 pp.+143 figs. En texto. ISBN: 978-84-00-08936-8.

La reciente aparición de la obra de Alexis Gorgues nos obliga a adentrarnos en un tema de gran interés, como es el del proceso de conquista e integración de los territorios del nordeste peninsular y el sur de Francia a lo largo de los s. III-I a. C.

Vayan por delante algunas reflexiones que creo deben explicitarse antes del análisis de esta obra, sin duda de notable trascendencia. En primer lugar, como indica el propio autor, el libro se basa en una tesis doctoral leída en el año 2005, y a este año se refiere la mayor parte de la información utilizada. Se echan por lo tanto a faltar interesantes aportaciones posteriores al año 2005, que en un libro del 2010 hubieran podido incorporarse. Se nota ello especialmente en la bibliografía de la vertiente española, menos actualizada y con algunas lagunas notables (no aparecen en la bibliografía algunos autores, como Marta Prevosti o yo mismo, pero tampoco el volumen monográfico de la revista *Empuries* vol. 52 del año 2000, íntegramente dedicada a este periodo). También el panorama arqueológico es desigual, y de nuevo es en el área meridional donde se perciben algunas lagunas. A pesar de ello, y dado que criticar es mucho más fácil que construir, el trabajo merece una valoración positiva, con algunos matices que pasamos a detallar.

La obra de Alexis Gorgues, investigador de la Casa de Velázquez (2003-2005) y actualmente profesor en la Université Bordeaux III, parte de un principio innovador y muy valioso, el análisis de estos procesos de transformación a ambos lados de la cadena pirenaica, delimitando así un área de estudio diversa, compleja, y que pretende superar los inherentes debates historiográficos de raíz local o regional mediante la elevación del punto de vista. Retoma así el autor la lejana teoría de C. Ebel sobre el control de la Transalpina desde la Citerior en el s. II-I a. C. La voluntad es sin duda encomiable, pero presenta algunos problemas: una rápida visión de los yacimientos analizados (pp. 22-25) muestra que el predominio de los yacimientos del actual área de Catalunya es muy notable, e incluso algunas áreas estudiadas del sur de Francia difícilmente pueden considerarse como efectivamente «ibéricas». La diversidad entre los territorios analizados me parece excesiva para efectuar un análisis de conjunto, y la inclusión de yacimientos fundamentales para el estudio como Azaila, Torre Cremada, Vielle-Toulouse, Martys o La Lagaste, parecen más deberse al buen conocimiento directo del autor, que no a una verdadera representatividad territorial o histórica. Por otro lado, esta zona de estudio, que tiene en el Pirineo justamente su eje fundamental, está lastrada por el débil conocimiento arqueológico de esta área montañosa, lo que si bien podía entenderse en el año 2005, es más difícil de explicar en el 2010, cuando los trabajos de equipos como el dirigido por J. M^a Palet (ICAC) y por mí mismo en la UAB están aportando importantes datos —como por ejemplo la primera excavación en extensión de un *oppidum* ibero-ceretano en la zona, como es El Castellot (Bolvir, Cerdanya)—.

También la periodización utilizada para el análisis (una primera fase del 250 a. C. al 200/175 a. C., una segunda del 200/175 al 125/100 a. C., y una tercera del 125/100 a. C. al 30 a. C.) parece responder mejor a los datos de la Galia que no

a los hispanos, donde el esquema me parece poco útil: iniciar el estudio del mundo ibérico en la segunda mitad del s. III a. C., un periodo donde las repercusiones de la presencia púnica en el sur peninsular son ya evidentes, o unificar por ejemplo en una misma fase periodos tan diversos como las etapas previa y posterior a las guerras sertorianas, no parecen categorías demasiado operativas.

Respecto al núcleo fundamental de la obra, el estudio de la economía de estos territorios, también pueden realizarse algunas objeciones. Gorgues opta por un punto de vista primitivista, donde las unidades domésticas son el factor fundamental para explicar la economía y la sociedad indígena hasta mediados del s. I a. C., y donde son los intereses individuales de los linajes preeminentes vinculados a estas unidades domésticas, y no las estructuras estatales o urbanas, los que explican fenómenos como el aumento del comercio, de la producción artesanal, o de las mejoras tecnológicas. Para el autor, los mecanismos de la reciprocidad son fundamentales para explicar los incrementos productivos y los intercambios detectados, y conceptos como rentabilidad, mercantilismo, valor añadido o beneficio no son aplicables a estos grupos. Es de agradecer la claridad de su punto de vista, pero creemos que sus argumentos no son concluyentes, especialmente además cuando el autor considera que los dos primeros siglos de ocupación romana no cambiaron básicamente esta situación. Significativo puede ser, por ejemplo, el caso de las primeras estampillas aparecidas sobre imitaciones de ánforas vinarias y *dolia* en el N.E. peninsular, con algunos ejemplos de marcas en ibérico, que Gorgues —que por cierto sólo recoge una pequeña parte de los casos conocidos— vincula a la mano de obra productora (p. 296), contradiciendo su misma opinión referente a las marcas sobre *dolia* ibéricos (p. 189) que deberían vincularse a los productores del contenido. A mi modo de ver, el papel de algunos personajes indígenas en la génesis de la producción vitivinícola del N.E. peninsular no puede entenderse en un marco doméstico, sino de integración en redes complejas, con un papel mucho más activo en el campo de la producción vinícola, alfarera, y de la distribución.

Algunas ausencias nos parecen también destacables. El autor explícitamente rehuye el concepto de romanización, que le parece tendencioso y poco definidor. Su propuesta, la «criollización» de la cultura material, reconoce que no puede sustituir tampoco al anterior, pero le parece más adecuado. Tampoco le parece operativo el concepto de relaciones de producción, que él considera consecuencia, y no causa, de la propia estructura social, por lo que su análisis se centra especialmente en elementos como el prestigio y la acumulación, y no en la coerción o la explotación de los grupos dominados.

En otras palabras, se trataría de una sociedad basada en mecanismos de redistribución y competencia entre linajes más productivos que otros, sin conflicto interno ni fractura social.

Otros elementos, a mi modo de ver fundamentales para entender la economía de estas comunidades indígenas, como las formas de propiedad de la tierra, o las relaciones de dependencia personal o comunitaria, tampoco merecen suficiente atención. Es la producción y la circulación de bienes materiales su objetivo principal, pero en un mundo fundamentalmente agrario como era el mundo antiguo, la posesión de tierras y de los excedentes agrícolas serían piezas clave, y aunque el autor así lo destaca, no analiza estos cambios a lo largo del periodo de estudio. Su análisis sobre la distribución de los silos en la primera fase de estudio (p. 247), no continúa en las fases siguientes, aunque —como ya analicé hace algún tiempo para el área catalana— es posible detectar significativos cambios en su distribución.

Mención aparte merece el tema de la moneda. Para el autor, la moneda ibérica es un elemento más de la economía indígena, en una sociedad que él considera monetarizada pero no mercantil. Sin embargo, está lejos de ser claro el papel económico de la llamada moneda ibérica, y tampoco es clara su cronología, por lo que hubiera sido interesante al menos una reflexión previa sobre estas cuestiones.

Para terminar, es de agradecer el esfuerzo del autor por criticar, en el sentido analítico del término, muchos de los *topoi* de la protohistoria peninsular. Su visión primitivista es razonable y argumentada, aunque en mi caso discrepe de ella. Más cuestionable me parece en cambio su visión del proceso de romanización, donde la oposición que a veces plantea entre lo itálico y lo indígena no tiene en cuenta precisamente los fenómenos de integración e hibridación propios del periodo, hasta el punto de considerarlo a veces dos mundos que coexisten pero son insolubles, «como el agua y el aceite» (p. 302), algo que justamente ejemplos como las estampillas ibéricas o las ciudades ibero-romanas a mi modo de ver desmenten completamente. En resumen, un trabajo que pone al día —y sienta las bases para una reflexión más profunda— la difícil cuestión de la economía antigua, y su percepción a través de la arqueología. La metodología del autor, y su claridad, es ejemplar, y aunque pueda discreparse de sus interpretaciones no cabe duda que el libro abre nuevas posibilidades a la investigación, y permite replantearse algunos de los planteamientos más asumidos sobre las sociedades protohistóricas.

ORIOLESTI VILA
Universidad Autónoma de Barcelona